

Botta. Ofreció el rey garantizar á la Rusia su conquista reciente en Finlandia en cambio de la garantía de la Silesia; pero tampoco salió con su pretension. La Rusia entró en 23 de noviembre de 1743 en el convenio de paz de Breslau, pero como la emperatriz siguió aferrada en negarse á todo compromiso formal de garantizar al rey de Prusia la posesion de Silesia, quedó reducido aquel acto á una mera fórmula sin valor práctico ninguno. Por entonces el embajador Mardefeld decia maravillas al rey sobre las amistosas disposiciones de la soberana de Rusia; pero las manifestaciones de la emperatriz eran simplemente frases huecas; la actitud verdadera de la corte de Rusia era fria, expectante y retraida; todos los esfuerzos solícitos de Federico II para obtener sus simpatías, amistad, confianza y apoyo se estrellaron sin producir mella en la disposicion esquivada de la zarina, la cual aseguró á su vecino su consideracion y respeto, cumplió con todas las reglas de la cortesía, pero no contrajo el menor compromiso con él. Habia entonces frialdad, pero no enemistad. Esta nació con la campaña que abrió Federico en el año 1744. Entonces reflexionó el ministro Bestusheff, y se dijo: «Cuando se declara fuego en la casa del vecino, exige la propia seguridad acudir á su socorro aunque sea enemigo mortal, y mucho mas si es amigo.»

Cuando en enero de 1755 el embajador prusiano en San Petersburgo, Mardefeld, solicitó el auxilio de Rusia contra María Teresa en virtud del convenio celebrado en el mes de marzo del año 1743 á falta de un tratado de alianza formal conforme habria deseado el rey de Prusia, le contestó el conde de Bestusheff que la Rusia se habia agregado á las demás grandes potencias firmantes del convenio de Breslau á solicitud del rey de Prusia; que en este mismo convenio se obligó á no atacar ni directa ni indirectamente los territorios de la reina de Hungría y de Bohemia; y que habiendo faltado el rey á este tratado, el gobierno ruso no podia considerarse obligado, sin faltar á la buena fe á prestar su apoyo al rey en aquella ocasion contra las fuerzas bohemo-húngaras, que habian entrado en Silesia.

Cuando en el otoño del mismo año 1745 declaró Federico la guerra al elector de Sajonia, recabó el gran canciller ruso de su soberana la autorizacion de enviar un ejército auxiliar al rey de Polonia; y la nota que con este motivo dirigió á Mardefeld venia á ser el primer aviso de la próxima declaracion de guerra abierta. No produjo esta nota gran efecto, porque Mardefeld en su optimismo, la acompañó de consideraciones como las siguientes: «Ninguna persona de criterio cree que Rusia realice sus amenazas; no hay dinero, los regimientos no tienen ni la mitad de las plazas cubiertas; el descontento reina en todo el imperio; se manifestará cuando se saquen aunque no sea mas que 20,000 hombres; y la misma emperatriz quiere la paz. Perro ladrador no muerde; cuando se comunicó hace dos meses la entrada de tropas (prusianas) en Sajonia, no enseñó la Rusia los dientes, y antes que el soldado ruso hubiese dado unto á las botas para la marcha habria quedado destruida la Sajonia. El gran canciller no hace mas que tocar el gran cuerno de caza, y el gobierno se veria muy corrido si V. M. diera á entender que consideraria como un acto de hostilidad la aproximacion de tropas rusas á la frontera prusiana» (1). Se ve que Mardefeld no dispensó á la Rusia y á los rusos, en todo el tiempo que estuvo en San Petersburgo, toda la consideracion que merecian, imbuyendo y fomentando errores por demás fatales en su soberano. Con la batalla de Kesselsdorf y la doble paz de Dresde evitó Federico II la intervencion de las fuerzas rusas, las cuales suspendieron su marcha, pero no se

(1) Véase DROYSEN, tomo II, pág. 585.

retiraron, continuando en la frontera muchos meses como amenaza permanente. Cada dia podia temerse un ataque, y cuando el rey pedia explicaciones se le contestaba con frases. Era evidente que Rusia estaba contra él en pié de guerra, y así estuvo con el arma al brazo diez años. Cada otoño se distribuian las tropas rusas en sus cuarteles de invierno, y cada primavera volvia mas numerosas y mas amenazadoras á sus acantonamientos en las fronteras. Este sistema continuó hasta la guerra de los siete años (2); y así como la tropa continuó la diplomacia rusa en pié de guerra.

El 2 de junio (6 el 22 de mayo segun el calendario ruso) del año 1746 los nuevos ministros austriacos Pretlack y Hohenholz, firmaron con el gran canciller ruso Bestusheff un tratado de alianza contra la Prusia, obligándose las dos potencias contratantes en el 4.º artículo secreto á prestarse mutuamente auxilio en el caso de que el rey de Prusia, *contra todo lo que era de esperar, se comportara hostilmente* con la emperatriz y reina de Austria, ó atacara como enemigo á la emperatriz de Rusia ó al reino de Polonia. A fin de poder prestarse en *tan inesperado caso, pero no antes*, el auxilio convenido, se prometian las dos potencias una no interrumpida y estrechísima confianza mutua, y comunicarse fielmente todo lo que llegaran á saber de los *planes, proyectos ó intenciones hostiles* del rey de Prusia, y además á tener en sus territorios del lado de la Prusia, como Bohemia, Moravia, Hungría por un lado, y Livonia, Estonia, etc., por otro, siempre prontos 30,000 hombres por cada parte, y poner en marcha otros 30,000 inmediatamente al verse realmente atacados.

Este tratado se diferenciaba de todos los anteriores en que estipulaba un estado armado permanente y la concentracion de 60,000 hombres cerca de las fronteras de Prusia, como enemigo comun de las potencias firmantes. Esta disposicion exclarecia perfectamente lo que las dos potencias entenderian en caso de convenirles por «comportamiento hostil;» y solo un optimismo infantil podia hacerse ilusiones sobre el pretendido carácter puramente defensivo de esta alianza. Los consejeros del electorado de Sajonia, condes Zech, Hennick y Rex, á los cuales su soberano el rey de Polonia habia enviado el tratado con sus artículos secretos, á fin de que emitieran su opinion sobre él, conocieron desde luego el fin que se proponia, y en el 4.º artículo secreto vieron una violacion declarada de la paz, en la cual de ninguna manera la Sajonia debia tomar parte, porque el rey de Prusia era muy capaz de adquirir noticia de estos artículos secretos, si es que no la tenia ya. En tal caso consideraria como una violacion de la paz de Dresde el que la Sajonia entrara en la alianza; trataria á esta como cómplice en la provocacion de la guerra, y siguiendo su principio de que es mejor *prævenire* que *præveniri*, pondria con un ataque súbito á la Sajonia fuera de combate, se aseguraria así las espaldas para hacer frente al Austria, y le seria fácil dar este golpe fatal antes que la Sajonia hubiese tenido tiempo de reclamar el indispensable auxilio (3).

Si el elector de Sajonia no hubiese sido á la vez rey de Polonia, habria juzgado ciertamente como sus consejeros, y cualquier soberano de Sajonia que hubiese comprendido los intereses de su país, y conocido el límite de sus recursos, habria sido, cuando no el fiel aliado, siquiera el leal vecino del rey de Prusia y como tal una garantía mas para la paz de Alemania; pero la fatal ambicion de ser gran potencia y

(2) Véase KOSER, *Prusia y Rusia en el decenio que precedió á la guerra de los siete años*; en los *Anales prusianos*, tomo 47, pág. 287.

(3) Este dictámen lleva la fecha del 15 de abril 1747 y se encuentra en los *Secretos de gabinete de Sajonia desde fines de 1745 hasta fines de 1756*; Stuttgart 1866. Tomo I, páginas 153 y 154.

hacer política grande, que habia despertado en el elector la ilusoria corona polaca, habia hecho enemigos á dos países que por su posicion, intereses y religion debian ser naturalmente aliados íntimos.

Por esta razon tan solo, en atencion al gran peligro que corria el elector de Sajonia, si el rey de Prusia llegaba á saber que estaba comprometido como rey de Polonia en la coaliccion, le dispensaron las dos emperatrices del ingreso formal en su alianza, conviniendo con él en «que los sajones no fueran los primeros en presentarse en la lid, y se presentaran solamente cuando viesen que el contrario iba ya á perder los estribos» (1).

En vista de todo esto, ¿podia exigirse con justicia de Federico el Grande que tratara á la Sajonia como país neutral y mucho menos como amigo, por no haber tomado parte directa en la provocacion y eso por miedo de las consecuencias?

La posicion del embajador del rey de Prusia se habia hecho insostenible en San Petersburgo desde el tratado del dia 2 de junio, y lo mismo sucedió con el embajador ruso Chernicheff en Berlin; ambos fueron llamados por sus respectivos gobiernos y reemplazados el primero por el conde de Finkenstein, y el segundo por el de Kaiserlingk. Estos fueron relevados á su vez en 1748, y dejaron cada uno en su embajada un encargado de negocios, á quienes cupo la triste mision de recibir los ultrajes que cada una de las dos cortes irritadas solo podia infligir á la otra en la persona de su representante. Por fin cesó tambien esta pequeña guerra de ambas potencias representantes en octubre de 1750, y así quedaron las cosas hasta la muerte de la emperatriz Isabel.

Todo esto habia sido obra del conde de Bestusheff. Lo que Mardefeld jamás quiso ver lo vió su sucesor Finkenstein en toda su magnitud, y comunicó al rey su descubrimiento en su informe general del 1.º de octubre de 1748, del modo siguiente: «La emperatriz tenia grandes compromisos que cumplir con la Francia, y el canciller ha encontrado medios de hacérselos olvidar; respetaba y apreciaba al rey de Prusia, y el canciller ha sabido cambiar sus sentimientos en frialdad y recelo; queria el bien de los suecos, y amaba al príncipe heredero de Suecia, y el canciller ha transformado estos sentimientos en odio y saña; detestaba á la corte de Viena, y el canciller la ha hecho austriaca completa; la palabra de *país mercenario* la irritaba, y el canciller la ha hecho aceptar subsidios ingleses y holandeses; tenia cariño á la casa de Holstein y odio á la corte de Dinamarca, y el canciller ha sabido cambiar tambien completamente estos sentimientos.»

Cuán poco conocia el terreno que pisaba el predecesor de Finkenstein en San Petersburgo, lo vemos en un informe de Hyndford, embajador inglés en la misma corte, fechado en 12 de julio de 1746 y que se conserva en el archivo de Hanover. En él refiere este diplomático, que Mardefeld le habia rogado pocos dias antes, que aconsejara en nombre de Inglaterra al gobierno ruso que no rompiese con la Prusia, siendo así que él en nombre de Inglaterra trabajaba con todas sus fuerzas para este rompimiento.

El mismo diplomático escribió en 10 de enero de 1747 á su gobierno la noticia curiosa de que la emperatriz por su propio impulso habia dado por esposa al hijo de Bestusheff la sobrina ó prima de su favorito Rasumovski; y en otra comunicacion del 28 de marzo del mismo año, añade: «La zarina ha confiado al canciller el secreto de que la esposa que habia dado á su hijo, era su *propia hija*: al mismo tiempo le ha prometido toda su confianza, y protegerle mientras reine contra todos sus enemigos; de modo que ahora le trata

(1) Informe del consejero de legacion sajón Funck del 7 de junio de 1753.

mas como hermano político que como canciller. Woronzoff y sus partidarios han bajado tanto que ni siquiera se atreven á enseñar los dientes.

II.—LA GUERRA MARÍTIMA ENTRE INGLATERRA Y FRANCIA

La buena inteligencia entre Francia é Inglaterra habia producido la conclusion de la guerra universal en 1748, y la duracion de la paz general dependia de la continuacion de esta buena inteligencia; pero aunque se turbara con motivo de disputas por cuestiones coloniales, podia dar lugar á una guerra marítima entre las dos potencias, sin que fuera por eso inevitable otra guerra terrestre. Los dos gobiernos tenian muy al contrario grandísimo interés en no provocar sin urgente necesidad los peligros y sacrificios de una doble guerra. Mientras la Francia se abstuviera de amenazar á los Países Bajos, y el rey de Inglaterra no viera amenazado su Hanover, podian embestirse ambos con todas sus fuerzas y luchar por la soberanía de los mares y por la posesion de las colonias. Esta situacion tampoco cambiaba aunque volvieran á su contienda el Austria y la Prusia, ni aun en el caso de que el rey de Polonia, soberano de Sajonia, y la Rusia se mezclaran en esta guerra, porque esta misma era la mejor garantía contra una invasion por la parte de Alemania, y absolutamente ningun peligro corria el electorado de Hanover por ser país neutral. Mas á pesar de todo, una guerra entre Inglaterra y Francia era un incendio al cual era muy prudente no añadir inútilmente combustible una vez declarado, y aun convenia no dejarle declarar siquiera, para lo cual lo mejor era predicar siempre la paz á la emperatriz María Teresa, y no prestar oído á sus solicitudes de auxilio contra la Prusia.

El gobierno francés cumplió honrosamente durante años este deber de defensor de la paz. No habiendo podido impedir el conde de Kaunitz que en la paz general de Aquisgran las potencias europeas garantizaran al rey de Prusia la posesion de la Silesia (2), tampoco logró en todo el tiempo que estuvo de embajador de Austria en Paris, es decir desde octubre de 1750 hasta últimos de 1752, apartar al gobierno francés de su alianza con la Prusia, antes bien, las razones que se le expusieron fueron tan poderosas y discretas que al fin hubo de convencerse él mismo de que los franceses serian muy mentecatos si procediesen de otra manera. «El rey de Prusia, escribió Kaunitz en 11 de diciembre de 1750, es aliado de la Francia, y nosotros no, ¡y qué aliado! Un aliado sin cuyo poder é importancia no representaria la Francia en el mundo el hermoso papel que representa. De consiguiente es muy lógico que le guarden mas consideraciones y tengan mas confianza en él que en nosotros.» Pocos dias despues escribió: «Este ministerio sigue en su sistema; lo cual me parece muy natural, y lo mejor que nosotros podemos hacer es imitarlo; fuera envidias mezquinas, nada de obstinacion; no tengamos mas que un solo objeto: el interés de nuestra soberana (3).» Es decir que Kaunitz habia conocido al fin en Paris dónde estaba el verdadero interés de María Teresa.

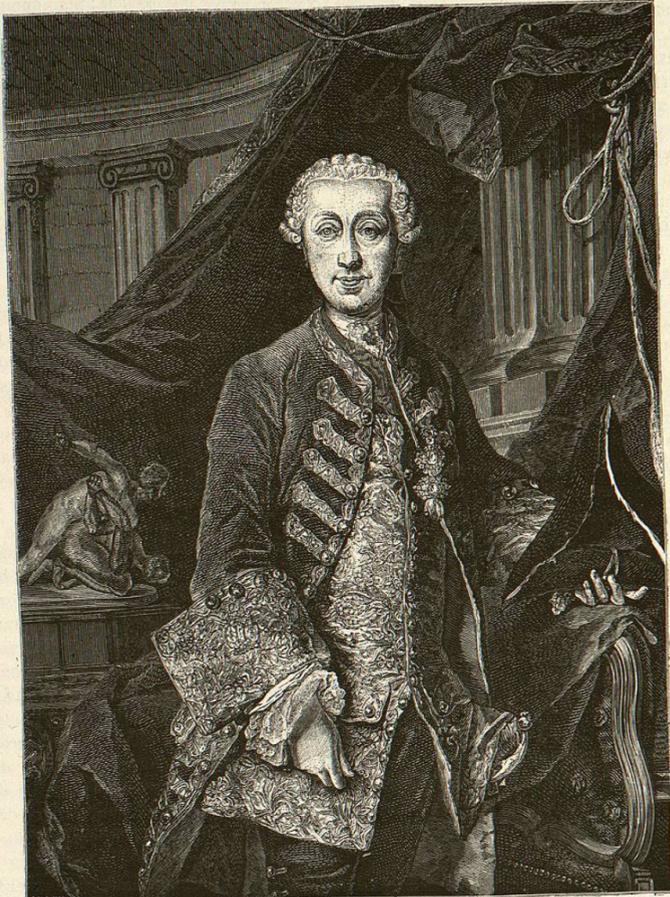
(2) María Teresa queria hacer la paz con las condiciones que resultan del siguiente pasaje de los poderes del embajador sajón, conde de Soss; documento que lleva la fecha del 16 de febrero de 1748, y se ha publicado en el primer tomo de los *Secretos del gabinete sajón*. «Bien que S. M. la emperatriz reina de Hungría y de Bohemia está muy distante de faltar al tratado de paz de Dresde, siempre que el rey de Prusia se atenga estrictamente á lo estipulado, háse convenido, en que del mismo modo que se ha prescindido de los intereses de este soberano y de la garantía de la Silesia, en los artículos preliminares firmados hoy, se prescindirá tambien en el tratado definitivo que se va á firmar.»

(3) Véase ARNETH, tomo IV, pág. 329 y siguientes.

En la primavera del año 1751 escribió una exposición muy larga y notable que no tiene igual entre todos los documentos diplomáticos y políticos del Austria de aquel tiempo, porque en este escrito vemos al conde de Kaunitz encargado de la misión de enemistar á la Francia con la Prusia, convencido despues de seis meses de un trabajo de Sísifo, de que todo había sido trabajar en vano, de que lo mejor era consolarse, como se había hecho en otras ocasiones, no

pensar mas en la Silesia ni en satisfacer rencores, y tener con el rey de Prusia una paz y una amistad sinceras.

Para impugnar y condenar toda la política anterior y posterior de la emperatriz y de Kaunitz no pueden emplearse armas mas lógicas y contundentes que las contenidas en esta exposición escrita por el mismo Kaunitz, la cual prueba hasta la evidencia que la política de la corte de Viena carecía completamente de lógica y solamente estaba guiada por



*Venc. Ant. Comte de
Chevalier de la Toison d'Or.
Ambassadeur de l'Empereur et
Ministre et de Bohême après*



*Kaunitz-Rietberg
Ministre de Confiances et
de l'Impératrice-Reine de
du Roi Très Chrétien en 1752*

el odio, la pasión y el fanatismo. Veamos ahora las consideraciones que conducen al diplomático austriaco á tan inesperadas conclusiones. «Inglaterra y Francia, dice, por distintos que sean sus intereses, concuerdan en un punto: en conservar y consolidar casi á porfía al rey de Prusia la Silesia.»

Este era un hecho incontrovertible; pero Kaunitz no acertó en los motivos que determinaron esta política de los gobiernos francés é inglés. Ambos estaban muy distantes de ver con buenos ojos la adquisición de la Silesia por la Prusia; pero hecha la conquista y consolidada irrevocablemente por dos guerras sangrientas, consideraban la nueva situación

como irremisible en favor de la paz europea, y miraban como enemigo del orden público á todo el que tratara de poner de nuevo en tela de juicio el hecho consumado. De todos modos Kaunitz creyó que Francia é Inglaterra tenían un gran interés en que la Prusia conservara la Silesia, «cosa sensible si se quiere, dice, pero los lamentos no cambian el estado de las cosas, y siendo así, ¿qué otro medio racional queda para no perder de vista la propia seguridad que olvidar completamente al fin la pérdida de Silesia, tranquilizar al rey de Prusia sobre este punto, y hacerle entrar de esta manera algun día en la alianza del Austria con las potencias marítimas?»

Véase cómo un estadista austriaco dijo á la emperatriz por primera vez, á lo que sabemos: «Lo que nos conviene, y lo único que puede salvarnos, es renunciar sinceramente á la Silesia y definitivamente á todo pensamiento de venganza.»

Kaunitz sabia todas las objeciones que hasta entonces se habían hecho valer contra esta renuncia, y él mismo las había expuesto y defendido, pero al fin las rebatió con razones contundentes como las siguientes: «Nos hemos acostumbrado á la pérdida de Nápoles y de Sicilia; hemos sacrificado á favor del rey de Cerdeña grandes extensiones de territorio y no se habla de ellos. Hemos perdonado al rey de Francia el haber querido despojar á la emperatriz de su corona y cetro; la enemistad mortal que nos separaba se ha transformado en amistad cordial, y ¿no podríamos olvidar la Silesia y dar otro aspecto á nuestras relaciones con el rey de Prusia? El interés de la monarquía austriaca y nuestra seguridad exigen imperiosamente una resolución generosa; y el primer paso en la vía de una reconciliación con el rey de Prusia ya se ha dado con la proposición hecha á la dieta de garantizar la paz de Dresde. Los intereses de la Prusia la impulsan á desear y aceptar una reconciliación completa, porque ¿qué es lo que mas desea el rey de Prusia? Tener la seguridad de la conservación de su conquista; y ¿por dónde puede lograr este objeto mas radicalmente que por medio del Austria? Si la emperatriz repite su renuncia á la Silesia, y hace renovar á sus aliados la garantía de esta provincia como territorio prusiano, y si al propio tiempo adopta en los demas asuntos un sistema político de acuerdo con la Inglaterra, opuesto al de la Francia, encontrará la Prusia en esto la seguridad completa que busca, recobrará su libertad de acción para meditar nuevas conquistas y podrá deshacerse de la molesta dependencia de la alianza francesa, porque de esta última potencia tiene que temer siempre el castigo por haberla abandonado nada menos que tres veces en la última guerra. No hay duda que si Inglaterra y Francia han trabajado hasta aquí de consuno para él, lo debe, además de la obcecación de estas potencias, á su propia sabiduría; «pero una persona de su inteligencia tampoco se hace ilusiones sobre la eficacia perdurable de tales mañas, y aprovecha la primera ocasión favorable para valerse de medios mas sólidos para el logro de su objeto.»

Meses anduvo el conde de Kaunitz con la redacción de su Memoria, que le perseguía como una pesadilla, porque la carta en que participó á la emperatriz que la había escrito y la enviaba lleva la fecha del 3 de mayo, pero el borrador de esta carta lleva la del 12 de abril; de modo que la Memoria ó exposición estaba ya escrita mucho antes, y sin embargo no la remitió juntamente con la carta, sino el 14 de junio, á pesar de haber enviado en todo este tiempo diferentes correos á Viena segun resulta de documentos (1). Es decir que despues de haber meditado su trabajo mucho tiempo sin enfriarse ni perder la convicción de su oportunidad y exactitud, acabó la lucha interior que le devoraba y se decidió heroicamente á comunicarlo á su soberana. Lo que esta contestó, no lo sabemos; pero sí que no reprendió á su consejero por su noble franqueza, si bien rechazó el consejo de un modo tan terminante, que dejó al autor consternadísimo, conforme se desprende de una carta que escribió el 5 de diciembre 1751 dirigida al consejero áulico de guerra Koch, en la cual le dice: «La manera en que S. M. se ha dignado expresarse sobre mi relación secreta del 14 de junio me sirve de gran consuelo. Me lisonjeo de tener la dicha de conocer el alma hermosa de esta gran soberana, gloria de su época; y me juzgaria el mas feliz de los hombres si pudiese

ser el instrumento de sus intenciones magnánimas; pero confieso tambien que he visto con dolor que S. M. ha creído descubrir en mi relación que yo tenía la ocurrencia de aconsejarla que se asociara realmente con el rey de Prusia, cosa que jamás he pensado ni pensaré. En todo cuanto he dicho solo quise presentar bajo su aspecto verdadero todos los argumentos que podrían emplearse en esta corte con gran provecho.» (2)

Kaunitz, como buen cortesano, se apresuraba á pronunciarse en retirada apenas oyó el imperioso *No* de su soberana; y aun llegaba á negar una intención que tan claramente y sin rodeos había expresado, y apoyado antes en excelentes razones. Habiendo hecho sin gran trabajo este sacrificio de su convicción personal tan bien meditada, nadie estaba mas indicado que él, atendidas sus demás cualidades apreciables, para ser gran-canciller, y suscitar de orden de la emperatriz otra conflagración general en Europa. Con este nuevo nombramiento salió Kaunitz de París el primer día del año 1753 y llegó á Viena en el mes de abril para encargarse de la dirección de la cancillería imperial en reemplazo de Bartenstein que dejó el puesto muy pesaroso. Para la política que quería emprender la emperatriz y para los documentos que en adelante convenia redactar, la pluma de Bartenstein era demasiado tosca, su índole demasiado sincera y sus ideas demasiado conocidas. En cambio nadie conocia las del conde de Kaunitz, y el arte consumado con que sabia ocultarlas era tal, que el embajador inglés en Dresde, Carlos Hanbury Williams, que se encontraba en Viena con una misión especial cuando Kaunitz se encargó de la dirección de los negocios, se declaró admirado de la formalidad y rectitud de intenciones que el conde había llevado de París, y dijo en una de sus comunicaciones, que estaba convencido de que la casa de Austria no podia esperar ni la amistad ni menos el auxilio de la corte de Versalles, y por tanto no le quedaba otro recurso sino el de estrechar mas y mas sus buenas relaciones con sus antiguos y probados aliados.

En efecto, ninguna negociación se hizo ya con el gabinete francés, y durante todo el año 1753 estuvo representada la emperatriz en Versalles por el insignificante Marechal, en cuya correspondencia no se halla una sola palabra que se refiera á asuntos importantes, si se exceptúa una carta particular de Kaunitz, dirigida á la Pompadour, su protectora, pero que entonces no tenia todavía ninguna influencia en la política (3). Por otra parte, el nuevo embajador francés en Viena, el marqués D'Aubeterre, tenia el encargo expreso de combatir enérgicamente la prusofobia inextinguible de la corte de Viena, y sus constantes planes de venganza y de guerra (4).

Esta disposición era todavía tan dominante en Versalles en el otoño de 1753, que el conde de Kaunitz, en su instrucción del 28 de octubre dirigida al nuevo embajador austriaco cerca de la corte de Francia, conde de Starhemberg, despues de lamentar vivamente la frialdad del gobierno francés hacia la casa de Habsburgo, le encargó que procurara disipar hasta la mas leve duda sobre las intenciones absolutamente pacíficas de su soberana, que de nada en el mundo estaba tan distante como de forjar planes hostiles contra la Prusia con motivo de la Silesia. «Nosotros, decía, estamos acostumbrados, como lo exigen nuestros sentimientos cristianos, á cumplir religiosamente lo que prometemos, y no manchar nuestra conciencia suscitando guerras y frecuentes derramamientos

(2) Véase para todo esto la obra de ARNETH, tomo IV, pág. 543 y 544 y las notas 415 y 419.

(3) Véase ARNETH, IV, pág. 353.

(4) SCHLOSSER, Historia del siglo XVIII, tomo II, pág. 264 y nota 21.

(1) Véase la obra de ARNETH.